

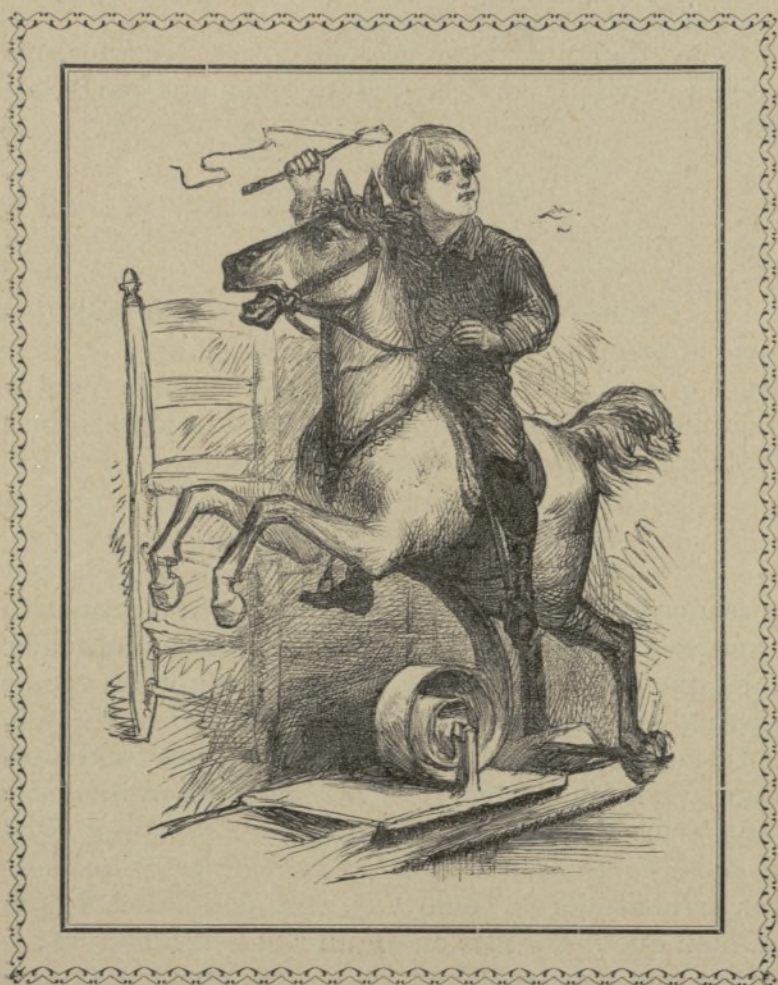


SEMANARIO INFANTIL ILUSTRADO

Año II

11 de mayo de 1889

Núm. 80



EL CABALLO DE MADERA



UN RATO DE CHARLA

PARECE cosa de hoy, y hace más de doscientos años, que Lope de Vega escribía, confieso que no sé en qué parte, el dístico aquel de

El vulgo es necio, y, pues lo paga, es justo
hablarle en necio para darle gusto,

aunque, á la verdad, no atino á adivinar cuándo pudo jamás *hablar en necio* el primero de nuestros dramáticos.

Y parece que era aún menos que ayer cuando Ventura de la Vega hacía decir á César, á propósito de unos detestables versos que el Dictador mandaba arrojar al fuego:

Pueden hacer fortuna: son muy malos.

Estos recuerdos me han venido á la memoria á propósito del estado en que *yace* hoy el misérrimo teatriculo español, cadáver putrefacto del que hay que apartar la vista con horror, etc., etc.

Vese palpablemente que se está cumpliendo en esto la ley fatal que hace terminar por un Augústulo los imperios fundados por un Julio César, y por un Carlos II *el Hechizado* los reinados empezados por un Carlos V. ¡Cuánto trecho de *La Estrella de Sevilla* á *La sobaquina de mi flamenca*, ó bien á *Los flecos de los pantalones del portero*, obras arrebatadoras, como Vds. ven; deliciosas, de pura cepa española, bien que *inspiradas* en algún *vaudeville* fiambre!

¡Y pensar que esta es la patria en que escribió Cervantes *La guarda cuidadosa*, Calderón *El Dragoncillo* (ya ven Vds. que no me

asusto), Olona sus incorrectas cuanto ingeniosas zarzuelillas y Carlos Frontaura *En las astas del toro!*

Pues ya veis ahora lo que os hacen tragar, lo de que os estáis ahitando. No parece sino que el Papamoscas de Burgos, ó el caballo del Cid, ó el cántaro de la Samaritana, hayan infundido su alma á ese público que corea regocijado las majaderías de tanto fabricante de perros chicos dramáticos (no les llamemos piezas) como se echan en nuestros corrales de ogaño.

¡Oh patria sin ventura! ¡A qué estado de espantosa degeneración moral é intelectual has descendido!

*
*
*

Creo que en el tiempo que nos conocemos habéis podido observar que, si no soy libre pensador, ni quiero serlo, en cambio pienso con la libertad más absoluta. Y recordado esto, paso



El pececillo

á decir que no me conmueven lo más mínimo esos telegramas que aparecen en los periódicos en vísperas de una ejecución exagerando «la consternación» del vecindario, no perdonando jamás aquello de «un día de luto» y dando cuenta de las gestiones que se practican para el indulto. Todo eso me deja frío, y acabo de helarme cuando luego vienen otros telegramas dando cuenta del inmenso gentío que acudió á presenciar la faena del verdugo.

Yo comprendo que la gente, que toda la gente (hombres, mujeres y niños, y hasta los gatos) se ponga en movimiento y esté consternadísima cuando se trata de fusilar á un D. Diego León, á los infelices sargentos del cuartel de San Gil, á los militares de Santa Coloma; pero interesarse por un monstruo, por un miserable malhechor, eso sí que no. Por mí, pueden matarlos á todos.

Esa sensibilidad exquisita de que damos muestra cuando se trata de una ejecución, se me antoja puramente ridícula. No veo yo que hagan esos extremos ni en Londres, ni en París, ni en Nueva York, capitales de la civilización.

Como no comprendo tampoco que se le conceda al rey el derecho de indulto de la pena de muerte, privilegio de origen visigótico, creyendo que eso debería ser cosa del rey con las Cortes. En cuanto á los demás indultos, tengo para mí que no debería haber lugar á ello.

Vale más hablar claro que no echárselas de liberal, de demócrata, de aborrecedor de la pena de muerte, y luego... que se escapen los secuestradores y sea preciso hacerles fuego.

En suma, que no oculto que la pena de muerte me parece necesaria, no á fuer de *vindicta pública*, sino á título de medio de defensa de profilaxis social. Al lado del *Homo sapiens* de Linneo, hay el *Uomo delinquente* de Lombroso.



El pececillo

*
*
*

Esta cita me hace recordar que dentro de un mes tendrán que comparecer muchos de mis queridos lectores ante el tribunal de exámenes; cere-

monia, digámoslo así, que en el fondo viene á ser un juicio de residencia tomado al catedrático de la asignatura para ver qué tal le ha salido.

Yo de mí sé decir que (no creáis que lo haga por adularos) aborrezco profundamente los exámenes; y no porque precisamente jamás haya recibido ninguna calabaza, sino porque los tengo por una práctica funestísima, por la principal causa de que no pocos alumnos brillen por su pigricia durante seis meses y tres semanas del curso, esperando ponerse á estudiar los últimos días. En lugar de exámenes (en cuyos resultados abundan tanto los chambones como los infortunados), haría que el curso durara nueve meses, aboliría las vacaciones, dividiría las clases de modo que el número de estudiantes no pasase de cierto número (cincuenta, por ejemplo), y (ahora viene lo gordo) exigiría un severísimo examen de ingreso en cada facultad (como se hace en las carreras especiales), fijando anticipadamente el número de los admisibles, pues hemos quedado en que cada profesor sólo puede tener cincuenta alumnos. Entonces se podría estudiar bien y con tranquilidad y con

provecho, *para saber*, no como ahora con el exclusivo objeto (para la mayoría) de *ganar curso*.

Todo esto no es hoy, pero de fijo que será mañana. Entretanto conviene propagar la idea.

Siempre vuestro,

ANTOÑITO



EL AIRE Y EL AGUA

EL aire es para la vida el elemento más importante: de aquí que lo encontremos por todas partes. Necesitamos aire cada segundo, agua en el intermedio de algunas horas, alimento en intervalos muchos más largos. Por consiguiente el aire lo encontramos por doquiera. Estemos de pie ó sentados, en el fondo de un valle ó en la cúspide de una montaña, en el interior de una bodega ó en la guardilla de una casa, en todas partes abunda para nosotros. Dios, que estableció por ley que el hombre debía respirar para vivir, le facilitó pródigamente los medios de cumplirla.

Se ha dicho que el aire tiene *color*. Si realmente lo tiene y fuese visible á nuestra vista, podríamos observar muy curiosos fenómenos. Por ejemplo, si encerráramos un hombre dentro de una habitación saturada de aire puro, veríamos como el aire entra en sus pulmones y como vuelve á salir ligeramente teñido; pero este aire, mezclado en seguida con el de la habitación, sería apenas perceptible. Sin embargo, como la respiración del hombre continuaría, cada cantidad de aire procedente de los pulmones mancharía el del cuarto, hasta que al fin toda la masa se condensaría como una espesa nube, cuya transformación se parecería á la mezcla que se produce cuando en una balsa de agua pura entra una corriente cenagosa. El aire se altera gradualmente á cada respiración, y, aunque incoloro, es tan impuro como si á cada movimiento de respiración de los pulmones se colorase á proporción de su impureza.

Vese, pues, cuán importante es para nosotros el procurarnos aire puro y que, al buscar el calor y abrigo en el interior de nuestras viviendas, procuremos, ante todo y sobre todo, evitar que la atmósfera esté viciada, ya que el aire es más necesario á nuestra vida que el agua y los alimentos.

En efecto, tan constante es nuestra necesidad de aspirarlo que, si tuviéramos que ir por él como por el agua, sería esta la única ocupación de nuestra vida. Hé aquí por qué Dios nos lo envía con preferencia á otros elementos. Uno de los más grandes errores del hombre consiste en que muchas veces se priva él mismo de este inestimable beneficio, ocasionándose dolores y enfermedades que comprometen seriamente su existencia.

Respecto á la importancia del agua en el gran proyecto de la creación, el hombre abriga una idea muy imperfecta. Supone simplemente que sirve para beber, regar las plantas, y para que, con los medios de limpieza que ofrece, se conserve la salubridad. Contemplemos, sin embargo, al hombre conforme se presenta á nuestra vista; y en su fuerza, en su gallardía, ¿cuanta parte no tiene el agua? Supongamos que ésta pudiese *extraerse* toda de repente (no el *oxígeno* ni el *hidrógeno* que se combinan para formar agua, sino el fluido que existe mezclado con las secreciones del cuerpo): si tal sucediese, el hombre, por arrogante que fuese, se convertiría en un ser diminuto y apergaminado, un verdadero lilliputiense comparado con lo que fué. Asegúrase que *nueve décimos* del peso del cuerpo del hombre se componen de agua. Por consiguiente, si el hombre pesa 120 libras, las 108 son agua, extraídas las cuales su peso se quedaría reducido á 12 libras.



Arrepentimiento

Este hecho es sorprendente, pero tan positivo que puede comprobarse con el más simple y fácil experimento. Un pedazo de carne magra (de buey por ejemplo), cortada en una pulgada de espesor y colocada en un horno de una temperatura baja, dejándolo permanecer en él hasta que toda el agua se hubiese evaporado, se volvería tan fino como una oblea y tan ligero

como un cordón. Usando de un procedimiento algo más científico, sería fácil recoger el agua, y en este caso el peso del vapor condensado y el residuo sólido harían el peso del pedazo de carne. Si ésta hubiese pesado 16 onzas, la cantidad de agua extraída sería de 14 y 1/2 onzas, y el residuo sólido de 1 onza y 1/2.

Al agua debemos esos cambios atmosféricos que constituyen la fisonomía particular de nuestro clima variable. Levantándose en invisibles vapores, construyen magníficos palacios en el firmamento. De ahí que cuando se sube á una altura muy elevada puede contemplarse un espectáculo de magnífica grandiosidad. Campos de hilos radiantes, moviéndose majestuosamente como un mar de oro, ocupan todo el alcance de la vista, pareciendo embellecer la inmensidad del espacio. Estas doradas nubes, que al mismo tiempo están cubiertas del más rico esplendor y ocupan las regiones superiores del gran palacio de la naturaleza, son las protectoras de la tierra cuando la tormenta, la sequía y las plantas empiezan á encorvar sobre la tierra sus pálidas cabezas. Cual si fuesen graves consejeros, arrugan sus doradas cejas como si discurren sobre una gran necesidad, envían la refrigerante lluvia, la poderosa voz del trueno hace callar el aire, y la tierra nos muestra su faz limpia y refrescada. Luego las nubes, engalanándose otra vez con sus brillantes atavíos, trasponen una á una las elevadas regiones de la atmosfera, hasta que la tierra vuelve á estar sedienta; y las flores, sedientas, inclinado el tallo y las hojas marchitas, les piden, entre misteriosos clamoreos, diamantina lluvia para apagar su sed.

BENJAMÍN



LA INSTRUCCIÓN

—¿Y hablan de niñas?

—¡Es claro!

Los libros cuentan historias
en los que hay padres y madres,
y hermanos, y otras cien cosas,
Nieves, que te gustarían
por la gracia que rebosan.
Mi papá todas las noches
nos lee dos ó tres hojas,
y pasamos la velada
entretenidas.

—¡Ay, Lola!

En mi casa no tenemos
ningún libro, pues le enojan
á mi padre, que nos dice
que á él le cargan las historias.

—¡Oh! pues te aseguro, Nieves,
que la lectura no estorba
siendo libros y folletos
de enseñanza provechosa.

Mira, tú sabes que yo
era mala y respondona,
y que les tenía envidia
á mis hermanos: pues ahora,
después de varios ejemplos
en que á los buenos se elogia,
que mi papá me ha leído,
me he trasformado y soy otra,
y mimo á los pequeñuelos,
y soy dócil y juiciosa.

¡Si vieras lo que hace poco
nos leyó de Zaragoza!

—¿En un libro, Lola?

—No:

en un papel de dos hojas:
un periódico. ¡Es muy triste!
Pero es una acción hermosa.

—¿De veras? Pues nada, nada:
cuéntala sin quitar coma.

¿Fué en un incendio? ¿En la guerra?

—No, amiguita: cuando el cólera.

Oye. Vivía en un barrio
una familia dichosa
compuesta de padre y madre
y tres chiquitas muy monas.
Cuando la horrible epidemia
llenó á España de zozobra,
viéronse doquiera ejemplos
de noble misericordia,
y uno de los más notables
fué, Nieves, del que hablo ahora.
En la citada familia,
que era modesta, la odiosa
plaga se cebó cruenta,
pues con una tregua corta
el padre y la madre fueron
conducidos á la fosa.

—¡Dios mío!

—Sólo diez años
contaba la mejor moza
de las huerfanitas; y ella,
después de asistir piadosa
á sus padres hasta el día
en que les llegó la hora
de la muerte, fué después
una madre cariñosa



El amanecer en verano

para sus dos hermanitas
y las salvó protectora,
aunque para alimentarlas
tuvo que pedir limosna.
—¡Qué buena niña, Dolores!
—Cuando, pasado ya el cólera,
se supo en la capital
su conducta, Zaragoza
en masa acudió á su auxilio
y premió su acción grandiosa.
—¿La premiaron? ¡Muy bien hecho!
¿Y viven?

—Sí, viven todas,
y la heroína se encuentra
en un colegio.

—Bien, Lola.

Ahora siento mucho más
que á mi padre las historias
no le gusten, porque encierran
lecciones muy provechosas.
—Eso es indudable, Nieves.
La instrucción no sólo adorna,
pues con sus ejemplos sanos
y con sus máximas doctas
nos muestra los dos caminos
que hay en la vida espinosa:
uno del mal, que debemos
evitar á toda costa;
y el otro el de la virtud,
que es el que seguir nos toca.

FLORENTINO LLORENTE



EL PAN



MAESTRO.—Me han dicho, Luisito, que has tirado á la calle un pedazo de pan.

Luisito.—Me ha sobrado del almuerzo y...

Maestro.—¡Dichoso tú, hijo mío, pues te sobra pan! ¡Hay tantas criaturas de Dios á quienes falta! Pero has hecho mal.

Luisito.—No tenía más gana.

Maestro.—El pan no se tira nunca. ¿Sabes tú lo que cuesta el pan?

Luisito.—No mucho: diez y seis cuartos tres libras: habré tirado un cuarto á lo más.

Maestro.—No le pongas precio: has tirado pan. Y el precio que le pones es mezquino. Oye y aprende lo que cuesta el pan. Primero, el honrado y diligente labrador abre tras su mansa yunta el seno de la madre tierra y la prepara á fuerza de labor para recibir el grano de semilla. Luego que el sudor de la frente, lágrimas del trabajo, y las gotas de lluvia, lágrimas del cielo, han fecundado la tierra, deposita en ella la semilla del pan y se entrega á la Providencia.

Con la bendición de Dios, brota la sementera y crece, y es menester escardarla para que no la ahogue la mala yerba. Después, y no faltando nunca la bendición de arriba, crece más el sembrado, y espiga y grana y se dora, y es preciso segar la mies; y al sol del estío, y al sudor de la fatiga, el bueno del labrador lo siega y agavilla.

Luego la acarrea á la era, luego á la trilla y avienta, hasta que por fin atroja el suspirado trigo.

Y entra otra serie de operaciones que exigen todavía fatigas y cuidados. Limpiarlo para llevarlo al molino, donde el dorado grano se transforma en blanco polvo, maná milagroso y divino que viene á reparar fuerzas y á mantener la vida. Después hay que cernerla y amasarla y heñirla y cocerla y... ya tienes aquí el pan. Mira por cuántas labores y cuidados pasó el grano del trigo para convertirse en el pródigo pan que tú has tirado.

Pero queda aún el mayor trabajo, la fatiga mayor, el gran esfuerzo, que es adquirirlo. A dicha, ¿pueden todos adquirir lo que á ti te sobra? ¡Cuántos afanes, cuántos sacrificios, cuántas lágrimas cuesta á veces un pedazo de pan! ¡Tirarlo! ¡Mal pecado! No, hijo mío, no tires nunca el pan, aunque te sobre ó estés harto, porque sería una injuria á Dios y otra á la humanidad no recordar lo que cuesta cosa de suyo tan preciosa, y olvidar que, lejos de estar hartas y sobradas, hay criaturas de Dios faltas de pan y aun hambrientas.

Luisito.—No se ha perdido tampoco el mendrugo que tiré, pues ya lo habrá recogido algún mendigo.

Maestro.—El pan sólo se tira á los perros, y el mendigo no es un perro: es un hombre que no puede ganarse el pan y lo pide por Dios; y por amor de Dios, y por dignidad propia, y por honra de la humanidad, no debe obli-

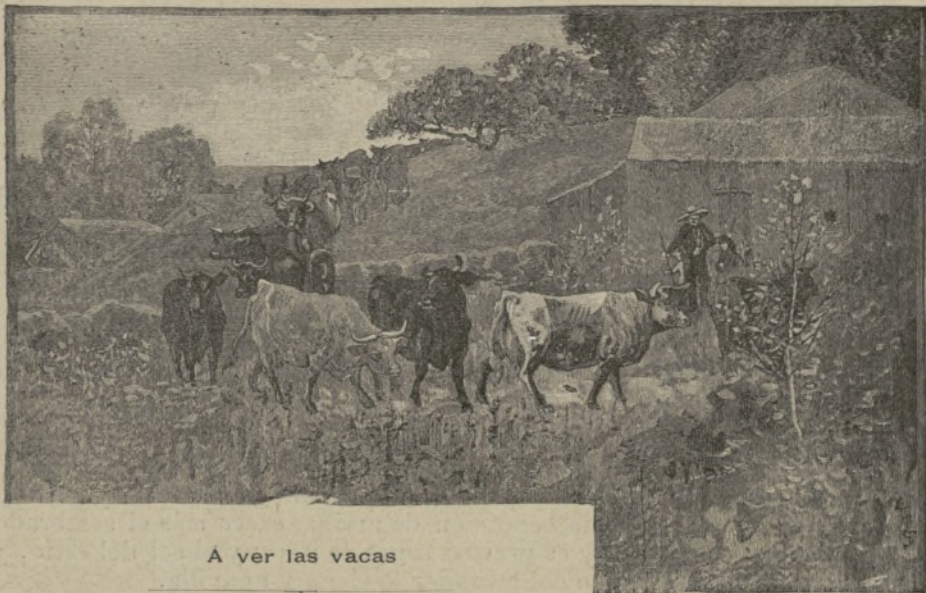
garse á nadie á que se baje hasta el suelo por el pan que da la Providencia en la mano aun al que no lo merece.

Luisito.—Pues que se lo coma un perro, ya que sin pensar lo tiré, y así no se perderá.

Maestro.—Cómaselo en hora buena, que también han de vivir los animalitos; pero reconoce que hubiera sido mejor que se lo comiese un pobre dándoselo en la mano.

Luisito.—Lo reconozco, y aprenderé la lección para otra vez.

Maestro.—Por si la olvidaras, bueno sería que fueras más moderado y no



A ver las vacas

tomaras pan, ni fruta, ni nada, en mayor cantidad de la que buenamente puedas comerte. ¿Cuántas peras puedes comerte buenamente?

Luisito.—Buenamente... cincuenta.

Maestro.—¡Jesús, qué horror! ¿Y malamente?

Luisito.—Malamente... lo menos el doble.

Maestro.—¡Qué atrocidad!

Luisito.—Mi costumbre es cargar en materia de fruta.

Maestro.—Y de pan también.

Luisito.—También, pero...

Maestro.—Pero las malas costumbres son vicios.

Luisito.—Vicios son.

Maestro.—Y ¿cómo tienes esos vicios?

Luisito.—A nadie le amarga una pera.

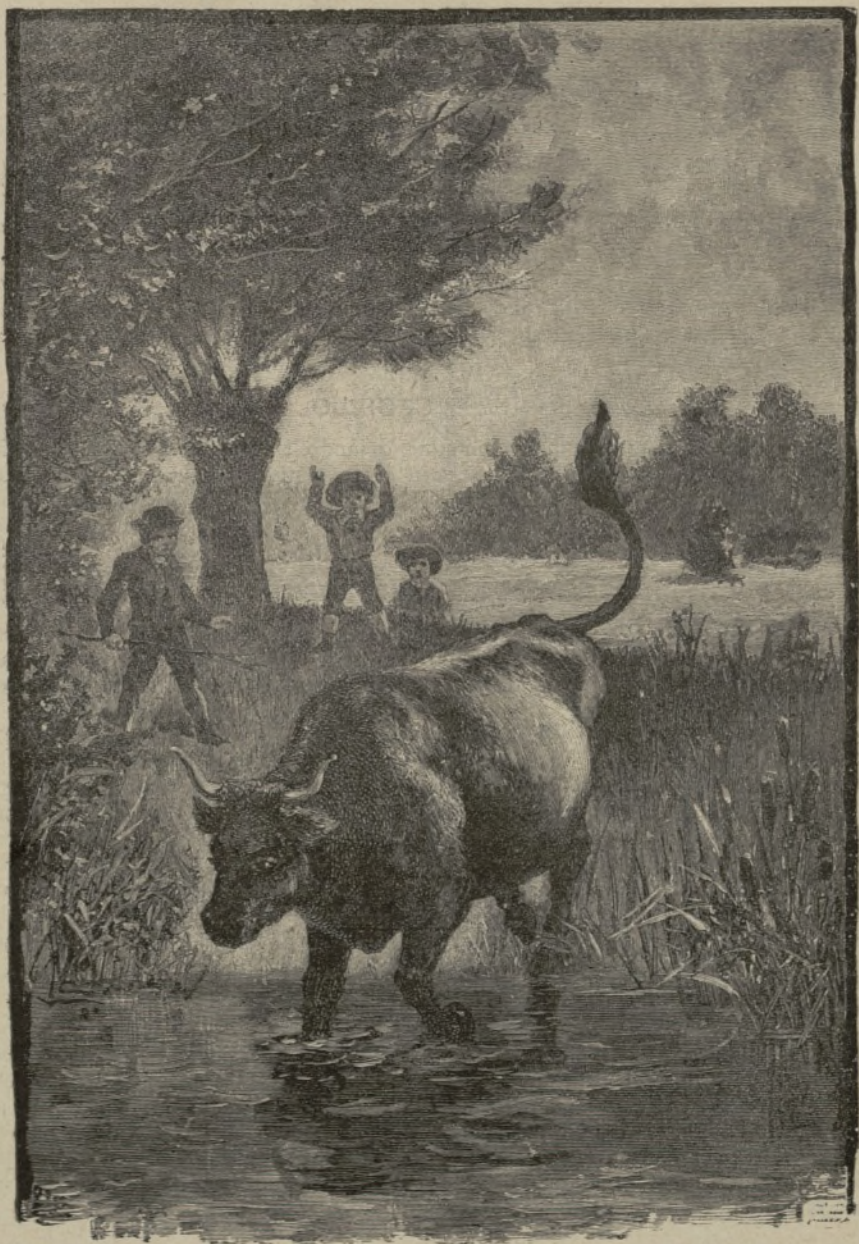
Maestro.—Es verdad, pero cincuenta... ¿Qué dice sobre esto la urbanidad?

Luisito.—La urbanidad dice que los niños no deben ser glotones.

Maestro.—Pues aprende la lección.

Luisito.—Queda aprendida.

CECILIO NAVARRO



Valentín y la vaca



— * NUESTROS GRABADOS * —

EL CABALLO DE MADERA

De todos los juguetes que ha tenido Alfonso, ninguno le ha entusiasmado tanto como su caballo de madera, que es la envidia de todos los chicos de la vecindad. Nunca sale á la calle sin él, y, como es de máquina y está muy bien construido, le hace avanzar con bastante ligereza, y mira á todos los niños con cierto desdén, como si él fuera un consumado jinete. Alfonso asegura que cuando haya carreras de caballos se propone disputar el primer premio.

EL PECECILLO

Atrevido y retozón, un pequeño salmonete, dejando la roca que le servía de refugio, se lanza en medio del mar, muy orgulloso y satisfecho de su ligereza y habilidad para cruzar las aguas; y no sabe que, á pesar de su destreza, tal vez muy pronto será víctima del hombre, quedando prisionero en alguna de las ocultas redes que tiende para obtener su alimento.

ARREPENTIMIENTO

Federico encontró un día en el patio de su casa una moneda de cinco céntimos, y, sin decir á nadie nada, corrió á la confitería para comprar caramelos. Poco después su hermana Natalia fué á preguntar á su mamá si había visto una moneda de cinco céntimos que se le extravió el día anterior.

—No,—contestó la madre.—¿Estás segura de que la has perdido aquí?

—Casi segura: papá me la dió antes de marcharse, y yo no he salido.

Al oír esto Federico, sonrojóse vivamente, pero no dijo nada. Sin embargo, después fué al patio y comenzó á reflexionar, deduciendo al fin que no había obrado bien. Su conciencia parecía gritarle que era un ladronzuelo.

Llegada la noche y la hora de acostarse, su mamá le dió un beso, según costumbre, y entonces el chico, abrazándola tiernamente, refirióle con lágrimas en los ojos lo que había hecho.

Su madre elogió tal conducta, y dióle otra moneda de cinco céntimos para que se la entregase á su hermana, perdonándole con la condición de que no lo hiciera otra vez.

EL AMANECER EN VERANO

Las cimas de las montañas comienzan á iluminarse, las sombras se desvanecen en el valle y la pradera; las avecillas cantan entre el ramaje de los árboles; óyese por doquiera, en los sitios silenciosos pocos momentos antes, el zumbido de los insectos; los rayos del sol lo llenan todo de luz, disipando la oscuridad hasta en las más densas espesuras; en el ambiente las flores comienzan á esparcir sus perfumes; las vacas, las ovejas y otros animales se dirigen á sus pastos; y todo cuanto vive y respira con la naturaleza parece saludar con alegría la brillante aurora de un día de verano.

A VER LAS VACAS

El niño Mauricio quería ir á ver las vacas, pero les tenía miedo. Su hermana Gertrudis procuró persuadirle de que no hacían daño alguno, é indujole al fin á ir con ella á la granja. Llegaron precisamente á la hora en que los animales llegaban del pasto, y así es que Mauricio pudo verlas bien, aunque sin apartarse del lado de su hermana, porque no se creía muy seguro.

Un hombre, después de abrir la puerta del establo, comenzó á tocar una trompeta, y muy pronto todas las vacas, en número de veintiocho, comenzaron á desfilarse, entrando una por una en su alojamiento; otro hombre las sujetó cada cual á su pesebre con unas cadenas cortas, y un tercero las sirvió su pitanza. Después se procedió á ordeñar las vacas.

Mauricio se admiró de que aquellos animales estuviesen tan familiarizados con el hombre, y de que fueran tan obedientes.

—Me alegro haberlas visto,—dijo,—pues no creía que las vacas tuvieran tanta inteligencia. Así se lo manifestó á su mamá, quien le contestó que hasta los animales más estúpidos se podían aleccionar con paciencia y buenos tratamientos.

VALENTÍN Y LA VACA

Cierta día el niño Valentín volvió á su casa muy pálido, lo cual era bastante singular, pues siempre llegaba sudando y con las mejillas muy coloradas. Su madre comprendió desde luego que le había pasado alguna cosa, pero no quiso preguntar nada.

Valentín fué á sentarse, y durante algún tiempo permaneció silencioso y pensativo; mas al fin, no pudiendo resistir más, contó lo que le había pasado, como ya esperaba su madre que lo haría.

—Mamá,—dijo,—otros chicos y yo hemos espantado á una vaca, obligándola á entrar en el río. ¿Cree V. que se habrá ahogado?

—No te inquietes por ese, muchacho,—le contestó.—Lo más que habrá hecho el animal es bañarse, y esto no le perjudicará.

Cuando Valentín supo que no había hecho daño alguno, quedó muy contento; y también su madre, porque le agradaba que no le ocultase cosa alguna. Así deben proceder siempre los niños.

LA PRIMERA MÁXIMA DE UN NIÑO

Enrique, niño de seis años, quiso hacer lo que el llamaba «una divisa», y que no era otra cosa sino alguna máxima bordada en cartón, con estambre, por medio de una aguja. Los chicos no manejan esta última como las niñas; pero Enrique aseguró que saldría airoso de su trabajo, y su mamá le dejó hacer.



La
primera máxima
de
un niño

El chico no quedó del todo mal, y, provisto de estambre rojo y verde, bordó en el cartón una máxima que decía: «Palabras bondadosas no se olvidan nunca.» Después enseñó su trabajo á todos, y regalóselo á su hermano para que lo conservara como un recuerdo de que él también sabía manejar la aguja.

BEATRIZ Y EL BORRICO

Cuando Beatriz fué con su padre á pasar el verano á la montaña, aficionóse mucho á montar en burro, y trataba muy bien á todos estos animales, pero sobre todo á uno que su papá alquiló para ella. El primer día que quiso montar, el cuadrúpedo saltó, y, si la niña no hubiese tenido á su lado á su papá, seguramente hubiera caído. Se le quitó la albarda para ver si tenía algo de particular, y entonces vió que el pobre borrico se desangraba por una llaga.

Beatriz se compadeció mucho y no quiso montar en otro borrico, solicitando con instancia que se curase al herido, dejándole descansar algunos días. La niña, entretanto, se encargó también de cuidarle, y todos los días iba en busca suya y dábale siempre algo de comer, hasta que al fin el borrico curó y pudo montar en él para dar largos paseos.



LOS GUANTES DE LIMERICK

(Continuación)

—Pues bien: os aconsejo no paséis más adelante: eso haría yo en vuestro lugar.

El Sr. Hill, cuya imaginación flotaba entre el boquete de la catedral y su pila de casca por una parte, y por otra entre su pila de casca y su perro Jowler, púsose á hablar ora del perro, ora de su casca. Cuando hubo agotado todo lo que tenía que decir sobre este asunto, el Sr. Marshal le llevó bonitamente hacia la ventana, y poniéndole unos gemelos en la mano, le rogó mirase hacia la tenería y le dijese qué divisaba. Con gran sorpresa suya el señor Hill vió la pila de casca que había sido reconstruida.

—¡Pues eso no estaba así ayer noche!—exclamó.—Seguramente debe ser obra del demonio.

—No señor,—respondió el Sr. Marshal;—no tienen nada que ver los demonios en el asunto. Vuestro amigo Bampfylde, rey de los gitanos, ha sido la causa involuntaria de lo que estáis viendo; y voy á enseñaros al hombre que ha echado abajo vuestra pila y que la ha vuelto á levantar en seguida.

Y, diciendo estas palabras, el Sr. Marshal abrió la puerta de un gabinete contigo, é hizo una señal al segador irlandés que había sido detenido una hora antes. El vigilante que había arrestado á Paddy había ido á casa del señor Hill para participarle lo ocurrido, pero no lo encontró.

Con creciente sorpresa escuchó el mayordomo la verdad de la boca misma del pobre segador; pero, apenas quedó convencido de la inocencia de O'Neill respecto al particular, cuando volvió á sus otras graves sospechas á propósito de la pérdida de su perro.

El irlandés se acercó al mayordomo, y, con un gesto muy particular de caderas y de hombros que había que ver para darse cuenta del mismo, dijo:

—Si tenéis la bondad os diría cuatro palabritas á propósito del perro.

—Decidlo, pues,—repuso el señor Marsal.

—Si yo pudiese esperar que el señor quisiese perdonarme por haberle derribado las pilas de casca, le diría lo que yo sé del perro.

—Decidme lo que sabéis,—respondió el curtidor,—y os perdonaré que me hayáis demolido las pilas, tanto más en cuanto habéis vuelto á formarlas. Y ahora decidme la verdad: ¿no es O'Neill quien se ha llevado el perro?

—De ninguna manera, señor,—replicó el segador;—lo que hay de cierto es que yo no sé palabra del perro, ni buena ni mala; pero si sé algo del collar, si es que os llamáis Sr. Hill, como yo creo.

—Me llamo Hill, en efecto. Continúa,—dijo con viveza el curtidor. ¿Sabéis algo del collar de mi perro de caza, Jowler?

—Sé, señor, que el collar de vuestro perro se encuentra ahora, ó por lo menos se encontraba anteayer, en casa de un prestamista de esta ciudad. Porque, con vuestro permiso, señor, aquella noche fuí enviado (la noche del arresto del Sr. O'Neill, á quien Dios conceda largos años de vida) á casa de un judío que presta sobre prendas por la pobre Sra. O'Neill, que se encontraba harta apurada en aquel momento.

—Es posible,—dijo interrumpiéndole el Sr. Hill.—Pero vamos á lo del collar: ¿qué sabéis de él?

—La señora me había enviado... (debo contaros de pe á pa toda la historia, con vuestro permiso)... la señora me había enviado á casa del judío que presta



Beatriz y el borrico

sobre prendas, y, como era tarde, encontré cerrada la tienda. Así es que me costó todos los trabajos del mundo hacer que me abrieran la puerta. Cuando entré no vi sino un chico que tenía una vela en la mano y que salió por la escalera para avisar á su amo. Lo miré todo á mi alrededor, á fin de enterarme del sitio. Todo eran vestidos viejos, zamarras viejas, y andrajos de toda especie. Lo que vi en un rincón fué un viejo paletó de muletón que me hubiera convenido mucho si hubiera tenido el dinero que se encontraba en mi portamonedas de cuero. Pero no quiero cansaros con todos esos pormenores refiriéndoos



Beatriz y el borrico

ahora de qué manera advertí más tarde que había perdido ese portamonedas. Os decía, pues, que le había yo echado el ojo al paletó de muletón que estaba tirado en el rincón. Lo levanté para ver si me iba bien, y mientras me lo probaba sentí una cosa pesada que me daba en las rodillas. Miré en los bolsillos para ver lo que era, y me encontré con un martillo y un collar de perro; y de veras no comprendo cómo aquellos dos objetos reunidos no me rompieron las piernas. Pero supongo que no os interesa la historia de mis piernas. En fin, que, antes de que bajara el chico, había yo descifrado el nombre que estaba escrito en el collar. Había dos nombres, con vuestro permiso: en cuanto al primero había demasiadas letras para que yo pudiese deletrearlo; pero el segundo era mucho más fácil y leí la palabra Hill, tan cierto como os veo ahora á vos, Sr. Hill.

(Se continuará)

ADMINISTRACION: Manuel Pla y Valor: Apodaca, 10, 2.º, MADRID. — Ramón Molinas: Cortes, 365 á 371, BARCELONA
RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA

Establecimiento tipográfico de La Ilustración Ibérica: calle de Cortes, 365 á 371. — BARCELONA.